



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Plan de predicación



VI Domingo del Tiempo Ordinario

(ciclo C)
16 de febrero de 2025

I. Notas exegeticas

Jeremías 17,5-8

Maldito quien confía en el hombre; bendito quien confía en el Señor.

Mediante dos imágenes opuestas se ponen en contraste la verdadera y la falsa seguridad: la primera, que se apoya en las solas fuerzas humanas y no conduce más que a la esterilidad; la segunda que se funda únicamente en Dios, fuente de aguas vivas, prenda de una eterna fecundidad.

Todos los seres humanos buscan afanosamente la felicidad, pero no todos eligen el camino adecuado para alcanzarla. Unos buscan su felicidad en el dinero, en las cosas materiales y en el poder; otros en el placer, en el comer, en el beber, en las comodidades, en el sexo, en los viajes, etc. Pero, aunque estas cosas dan un cierto grado de alegría, euforia o dicha poco duraderas, no dan la felicidad verdadera y encierran al hombre en falsas seguridades que terminan alejándolo de Dios.

La verdadera felicidad se halla con frecuencia al final de un camino largo y laborioso, que exige renuncia y sacrificios. El hombre feliz es el que encuentra la alegría de realizar su proyecto de vida, en el desarrollo de sí mismo para servir mejor a la sociedad y dar mayor gloria a Dios. La fuente y la meta de la felicidad del hombre está en Dios.



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Plan de predicación



Salmo 1, 1-2. 3. 4 y 6 (R.: Sal 39, 5a)

Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

https://youtu.be/rsG3k8XtTXA?si=fA_yqvGNo7rwD87z

El texto del profeta Jeremías que se ha proclamado en la primera lectura apela al uso de una metáfora en la que se muestran dos lugares: un desierto y un jardín con dos plantas, una planta silvestre y un árbol frondoso. La planta silvestre terminará muriendo por la falta de nutrientes y por el calor abrasador, el cual no deja que dé fruto, que dé flor y le roba la vida. Luego se muestra la figura de un árbol frondoso plantado en medio del jardín al borde de la acequia que da fruto a su tiempo, un fruto comestible pues está sembrada en un lugar de vida y no de muerte. Es así, desde esta hermosa metáfora, como el salmista describe al hombre que pone su confianza en el Señor y que es identificado con la expresión bienaventurado, pues es aquel que no oye los consejos de los necios, sino que se encamina por un camino de rectitud; quien siempre está atento a escuchar, seguir y vivir la ley del Señor ese es quién, como un árbol plantado al borde del manantial, produce buenos frutos, a diferencia de quienes ponen su confianza en sus propias seguridades y que serán como paja arrebatada por el viento, recorriendo una senda que les roba la dicha, les hace infelices y los aparta de Dios.

1 Corintios 15,12.16-20

Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido.

El capítulo 15 de la primera carta a los Corintios es una catequesis sobre una de las verdades básicas de la fe cristiana: la resurrección de los muertos. Algunos no tenían dificultad en admitir la resurrección de Cristo, pero negaban la del resto de los mortales, quizás condicionados por la cultura griega (v.12). La argumentación teológica de Pablo se apoya en un principio fundamental de su teología, a saber, la plena solidaridad de vida y de destino entre el Redentor y los creyentes.

Esto significa que la resurrección de Cristo es la garantía de la nuestra. La resurrección de Cristo repercute en la nuestra. Negar la resurrección de Cristo implica negar su gloria, su divinidad y, por tanto, comporta la negación de nuestra fe cristiana. Es la fe en la resurrección la que le da nuevo sentido a la vida, de modo que se pueda predicar el mensaje de las Bienaventuranzas. Ellas son la expresión más clara de que el verdadero cristiano pone su confianza en Dios y no en la carne.

Lucas 6,17.20-26

Dichosos los pobres; ¡ay de vosotros, los ricos!

El texto de las Bienaventuranzas del evangelio de Lucas forma parte del ‘sermón de la llanura’. Mientras en el evangelio de Mateo hay nueve bienaventuranzas que tienen un



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Plan de predicación

carácter más espiritual, en Lucas son cuatro, que se distinguen por su marcado carácter social y cada una tiene su par opuesto en los 'ayes', lamentos o 'malaventuranzas' dirigidas a quienes viven en situación opuesta. Otro rasgo de las Bienaventuranzas en Lucas es la interpelación directa a los discípulos en segunda persona del plural, mientras que las ocho primeras Bienaventuranzas del Evangelio de Mateo están en tercera persona del plural.

Lucas ambienta el mensaje de Jesús con una escena significativa en la que se distinguen tres círculos de oyentes: los Doce, los discípulos y el pueblo judío y pagano, signo de la universalidad de su mensaje.

Las tres primeras bienaventuranzas (pobreza, hambre, sufrimiento) son sinónimas, pues son expresión de la misma idea, es decir, la cruz de cada día o la pobreza evangélica (ver Lc 9,23). La cuarta felicita a los que sufren persecución o son calumniados, ridiculizados, excluidos, en fin, por ser cristianos. Los pobres, los que lloran, los que tienen hambre, los que son perseguidos no son categorías distintas sino aspectos de una misma realidad viva: la fidelidad al evangelio.

Por contraste, sale a la vista la desdicha de los ricos, hartos y satisfechos. Los que se preocupan por satisfacer sus pasiones, buscan cosas terrenas, no se conmueven por el sufrimiento de los pobres y se jactan de vivir al margen de Dios, creyendo que no necesitan de él, que se bastan a sí mismos.



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Plan de predicación

II. Pistas homiléticas

En este texto del Evangelio de Lucas, Jesús anuncia la llegada de la salvación prometida por Dios. Proclama al mundo los valores de Dios, trastoca la balanza de los valores del hombre y anuncia el modo en que Dios salva. Las bienaventuranzas para los pobres y los lamentos para los ricos no deben leerse desde una perspectiva moralista, es decir, no dicen lo que el hombre debe hacer. Más bien, manifiestan lo que Dios hace en Jesús y revelan cómo actúa Dios en la historia humana. En el descenso de Moisés del monte, Dios, a través de los diez mandamientos, reveló al hombre lo que tenía que hacer; en el descenso de Jesús del monte Dios revela lo que él hace.

La intención de esta proclamación es revelarnos el rostro de Dios en Cristo. En él vemos cómo Dios nos entrega su reino. El verbo en tiempo presente de la primera bienaventuranza y del primer lamento (v.20: "es", v.24: "tienen", "han recibido") significa que el reino de Dios ya es ahora para los pobres, desde ahora les pertenece, y que los ricos ya se excluyen de él al preferir las cosas de este mundo, sus falsas seguridades. Las Bienaventuranzas sólo pueden entenderse sabiendo que Dios es amor para todos. Por eso su justicia es quitar a los que tienen ilegalmente y dar a los que no tienen injustamente. Nuestro concepto de justicia "a cada uno lo suyo", más que basarse en la justicia de Dios, que es amor, se basa en la injusticia humana y codifica el egoísmo del que proviene.

La distinción entre pobres y ricos es fácil de atribuir externamente, pero muy difícil de interpretar dentro de la conciencia humana. Sólo la palabra de Dios que penetra en lo más profundo del hombre nos hace comprender si somos pobres-bendecidos o ricos-infelices. Jesús proclama que los pobres son felices no porque sean buenos o tengan méritos especiales, sino porque Dios ama a cada uno según su necesidad, y los pobres son los que más lo necesitan. Los pobres son los preferidos de Dios.

El cristiano debe comprometerse con los pobres para imitar a Jesús. La historia y las noticias del mundo actual, lleno de miseria, hambre, llanto y toda clase de males, es el espacio de acción del creyente, si él también quiere ser creíble. Los discípulos son bienaventurados también porque, al participar en el misterio de la persecución y de la muerte de Cristo, están más profundamente asociados a su misión salvadora.

En esta circunstancia no deben contentarse con ser pacientes ni esperar a que pase lo antes posible el momento de la prueba, sino que deben vivir intensamente en sí mismos lo que dice el Maestro: "Alégrense en ese día y salten de felicidad, porque su recompensa será grande en el cielo" (6,23). Las felicitaciones y congratulaciones para los pobres se convierten en lamentos y condolencias para los ricos. El "ay de ustedes" no es un grito de venganza o de amenaza, sino un grito extremo de aflicción, compasión y lamento que Jesús dirige a los ricos porque ponen las



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Plan de predicación

cosas en el lugar de Dios y aún no han experimentado la alegría de quien vende todo para comprar el tesoro que es Cristo (ver Mt 13,44). El reino de Dios progresa allí donde el mal y la miseria de todo tipo retroceden y desaparecen. La comunidad cristiana está en el camino de Cristo sólo cuando se ocupa de los pobres, de los hambrientos, de los afligidos y lucha contra las personas o situaciones que son la causa de estos desequilibrios.

La avaricia de algunos es la causa de la miseria de muchos. Y lo peor es que los ricos siempre llevan las de ganar. Por esto la Iglesia debe tener mucho cuidado de no "bendecir" a los tiranos, a los malhechores, a los causantes del hambre..., ni de permanecer en silencio, para no incomodar, allí donde Cristo habría alzado solemnemente su voz sin miedo a morir en la cruz. ¿Puede una Iglesia que no sea perseguida ni opuesta por los poderosos de este mundo ser verdaderamente la Iglesia de Cristo? El mensaje cristiano también tiene una perspectiva más allá de la muerte: la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Pero primero debemos jugar todas las cartas que nos brinda la situación actual. Un verdadero constructor del reino de Dios es aquel que se compromete con todas sus posibilidades para hacer la tierra más habitable, más humana. La resurrección no borra la historia, sino que diviniza todo lo que estamos humanizando.



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Plan de predicación

III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos sean todos bienvenidos a esta celebración. La Eucaristía, celebrada y compartida es garantía de Vida eterna. En la Palabra proclamada y en el Pan compartido el Señor nos instruye y alimenta para que podamos vivir la vida del Reino. Que la esperanza en la Vida Eterna nos anime a ser fieles testigos de su amor por nosotros. Participemos con gozo y esperanza en la Sagrada Eucaristía.

Monición a las lecturas

La confianza total y absoluta en Dios se explica mejor cuando constatamos que opuestamente la confianza entre los seres humanos muchas veces es motivo de frustración. Esa confianza en Dios se funda en una verdadera esperanza, pues supera las expectativas terrenales en espera los bienes perecederos. Para alcanzar la promesa de vida eterna, será necesario impregnar de dicha confianza en el Señor todas las situaciones de prueba y sufrimiento, evitando así la búsqueda de compensaciones o satisfacciones pasajeras. Escuchemos.



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Plan de predicación

Oración de Fieles

Presidente: Hermanos, con la confianza puesta en Dios que quiere nuestro bien y nos da la vida, presentemos nuestra plegaria en favor de la Iglesia y del mundo, diciendo:

R. Dios de la Vida, escúchanos.

1. Por la Iglesia universal para que acierte en dar a sus bienes un destino pastoral y social, con la ayuda de los diáconos que hoy celebran su jubileo, *roguemos al Señor.*
2. Por las autoridades de nuestro país y del mundo para que no olviden que los pobres son los primeros que deben ser atendidos, porque a través de ellos les habla Dios, *roguemos al Señor.*
3. Por los que sufren, los que pasan hambre, los que lloran, los despreciados para que con nuestra ayuda encuentren una esperanza de vida, *roguemos al Señor.*
4. Por los que dedican su vida a los necesitados; para que su labor sea apoyada y su abnegación sirva de estímulo a todos, *roguemos al Señor.*
5. Por nosotros, aquí reunidos; para que no caigamos en la tentación de confiar en los bienes que perecen y aspiraremos con confianza a los bienes que perduran, *roguemos al Señor.*

Presidente: Padre Santo, de quien procede todo bien, escucha las súplicas de tus hijos y concédenos perseverar en la esperanza de tus promesas. Por Jesucristo nuestro Señor.